



Libros y arquitectos

Jorge Vázquez Ángeles

Casa inspirada en *Moby Dick*, Steven Holl



LA AFIRMACIÓN ES TAN COMÚN QUE SE VUELVE TRILLADA como el argumento de un melodrama televisivo: la mayoría de los arquitectos no lee y, por tanto, son incapaces de articular coherentemente una oración, oral o escrita, al momento de exponer sus ideas. Bajo el pretexto de que su medio de expresión es el dibujo, donde se representa la correcta articulación de formas que contienen el espacio —esa materia prima por momentos difusa y ambigua—, el arquitecto aparece como un ser excepcional que no necesita saber leer ni escribir, siempre y cuando no se le caigan las paredes o las losas de sus edificios; los libros que consulta son un compendio de fotografías sin texto ni pies de fotos, y en las arenas políticas es apartidista y ajeno a cualquier movimiento social.

En una búsqueda en la red no resulta fácil encontrar evidencias sobre obras literarias que hayan inspirado, o al menos entretenido, a ciertos arquitectos. Sólo aparecen mencionados libros sobre sus obras completas.



Cuando son entrevistados se les pregunta casi siempre lo mismo: sus influencias, sus conceptos, sus obras relevantes pero rara vez sus gustos musicales o literarios.

Llama la atención que partiendo de la premisa de que los arquitectos no leen, se hable de una poética del espacio, materia a la que sólo es posible aspirar trabajando continuamente, en un arduo proceso de prueba y error, y por medio de una sensibilidad capaz de traducir el espíritu de la época en una obra concreta. En muchas ocasiones se compara al arquitecto con el poeta, ya que sus trabajos deben estar embebidos de la emoción necesaria para hacer suspirar al espectador. O al menos para hacerlo sentir a gusto.

Decía Jorge Luis Borges que cuando hojeaba libros de estética le parecía estar leyendo obras de astrónomos que nunca hubiesen mirado las estrellas, pues esos autores hablaban de la poesía como si fuera un deber y no lo que en realidad es: una pasión y un placer, como debiera ser la práctica de la buena arquitectura.

Louis Sullivan (1856-1924), uno de los más célebres arquitectos norteamericanos, prácticamente inventor del rascacielos, leía concienzudamente a Emerson y a Thoreau, y se daba tiempo, según el testimonio de uno de sus dibujantes, Frank Lloyd Wright, de recitar de memoria los poemas de Walt Whitman.

Al quedar en bancarrota, el arquitecto originario de Boston, Massachusetts, tuvo que vender sus queridos libros de poesía para poder comer (lo que demuestra que en casos extremos la poesía puede salvarnos), antes de pasar sus últimos días viviendo en un hotel de segunda categoría de la ciudad de Chicago. Por su parte, es innegable la influencia de Whitman en la arquitectura de Frank Lloyd Wright y sus “casas de la pradera”.

Henry David Thoreau escribió *Walden; or, Life in the Woods*, en 1854, tras una estancia de dos años, dos meses y dos días en una cabaña que él mismo construyó en un terreno boscoso, en las afueras de Concord, Massachusetts, propiedad de su maestro Ralph Waldo Emerson. Años después, el alemán Nils Holger Moormann se basó en este libro para diseñar una cabaña compacta donde pueden almacenarse las herramientas básicas del jardinero, es posible descansar y hasta permite organizar fogatas y *picnics*, recreando el ambiente campirano de los bosques norteamericanos. El fabricante asegura que, una vez que se entra a la Walden, nadie querrá regresar a su casa.

Recientemente, Yale University Press publicó el libro *Unpacking my library: Architects and their books*, título tomado de un ensayo de Walter Benjamin.

El libro muestra las bibliotecas de una docena de arquitectos, trazando una guía sobre sus gustos e intereses. Figuras de la talla de Steven Holl, cuya biblioteca está ordenada en estricto orden alfabético; Michael Graves o Bernard Tschumi, todos ellos mostraron sus bien surtidas bibliotecas. Peter Eisenman, quien ha sido señalado como un genio sin cerebro,¹ destacó sus libros favoritos: *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, *Finnegans Wake*, de James Joyce, y *Luz de agosto*, de William Faulkner.

A los doce arquitectos se les pidió una lista con su *Top Ten* literario, y aparecieron en todas los siguientes libros: alguna de las obras de Le Corbusier, como *Hacia una arquitectura*; *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, de Robert Venturi, y *El arcoíris de la gravedad*, del escurridizo Thomas Pynchon.

Existen libros que han inspirado a arquitectos lectores, quienes han querido interpretar espacialmente los sueños que provoca la literatura. Es el caso de *El Castell* (1968), del catalán Ricardo Bofill, en un complejo de departamentos construido en Barcelona a partir de cubos superpuestos que remiten a la comple-

jidad narrada por Kafka en su obra *El castillo*. Espero que vivir ahí no resulte una experiencia burocrática y laberíntica.

Steven Holl, arquitecto norteamericano, se basó en una escena de *Moby Dick*, de Herman Melville, para construir una casa en Martha's Vineyard, una isla en Massachusetts. En el libro, una tribu de indios construye una vivienda con huesos de ballena que luego recubren con pieles. Holl tradujo el episodio en una casa con una excelente vista hacia la bahía de esta pequeña isla cuyo extenso pórtico representa los huesos del cetáceo.

El despacho holandés Amsterdam Studio Klink homenajeó a *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, diseñando la Villa Peet (La Casa de conejo). La casa no está pintada en tonos pastel ni remite a la psicodelia de los años sesenta: es completamente blanca y según el concepto de este estudio, se buscó crear la sensación de entrar en nuevos mundos detrás de una serie de agujeros de conejo. El patio de la casa está adornado con esculturas de conejos blancos.

Uno de los libros más famosos y bellos de Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, inspiró la construcción

¹ <http://www.archsoc.com/kcas/eisenman.html>



Cabaña Wälden, Nils Holger Moormann

de un pequeño hotel en la isla de Menorca, España. Obra del arquitecto Fernando Pons Vidal, cada una de las ocho habitaciones de esta antigua casona del siglo XVIII representa una de las ciudades que Marco Polo describe al Gran Khan.

Knut Hamsun (1859-1952) fue un escritor noruego que ganó el Premio Nobel en 1920. Aunque en México no resulta muy conocida su obra, en su tierra natal es una figura relevante, al grado de que en 2009, Steven Holl fue el encargado de diseñar un museo que lleva su nombre. No es sólo un edificio dedicado a un autor, sino que en su concepción tanto interna como externa hace eco de la obra del escritor, inspirada, sobre todo, en la naturaleza noruega.

En 1999, el arquitecto español Alberto Campo Baeza recibió la visita del profesor de literatura Fran-

cisco de Blas. El hombre deseaba una casa para él y su familia donde “pudieran escuchar música”. Durante una de las visitas al despacho para revisar el avance del proyecto, el profesor le entregó una copia de un libro con la poesía completa de Luis Cernuda (1902-1963). Del poema “Donde habite el olvido” surgió el concepto de la construcción: una casa que alejada del bullicio haga gozar a sus habitantes de la total libertad que sólo brinda el silencio.

Me hubiera gustado preguntarles a Luis Barragán y a Mathias Goeritz qué leían mientras diseñaban las Torres de ciudad Satélite, y desde luego me gustaría saber qué leen Enrique Norton y Teodoro González de León. Sólo pude encontrar que Alberto Kalach ha leído a Mark Twain, a Michel de Montaigne, a Voltaire, a Rousseau y a Roberto Bolaño. 🏠

Casa inspirada en *Moby Dick*, Steven Holl

